

1

AUTUMN

Me rodeaban las máquinas tragaperras con sus luces brillantes y el olor a humo de cigarrillo rancio me resultaba asfixiante a veces. El Silver Hotel and Casino era un local de moda y sofisticado en Las Vegas, pero un casino era un casino. Se me llenaron los ojos de lágrimas; solo quería acurrucarme en mi habitación del hotel y ver un puñado de películas rodadas para televisión antes de que empezara *Las chicas de oro*.

Ser una mujer soltera en los años dorados se perfilaba cada vez más como una realidad. Solía consolarme pensando que tenía a mis hermanas a mi lado, pero dos de ellas disfrutaban de la felicidad conyugal y la tercera salía con un nuevo novio cada seis meses.

Siempre podía aceptar la oferta de mi jefe. Habíamos salido unas cuantas veces y me había dado un beso tierno. El sexo tenía pinta de ser perfectamente aceptable, y podía conformarme con lo aceptable. El sexo no era el pegamento de una relación.

¿Verdad?

Mis compañeras de trabajo y yo estábamos en las máquinas tragaperras de cinco centavos. Todas trabajábamos en la escuela primaria y también éramos amigas, pero normalmente no quedaba con ellas después del trabajo. Sin embargo, cuando me preguntaron si quería irme de viaje a Las Vegas, aproveché la oportunidad sin dudar. No me importaba que bromeasen diciendo que yo era la «mamá» del grupo o que ya estuviera bostezando a las nueve, justo cuando ellas estaban listas para empezar. Necesitaba salir de mi pueblo y no había nada como un fin de semana con chicas más jóvenes para ayudarme a aclarar la situación con Mark.

Brittany, una profesora de infantil, se agachó hacia mí.

—Autumn, ¿crees que estará aquí?

Sentía un cosquilleo en la piel cada vez que se mencionaba a ese hombre en particular.

Brittany no se refería a Mark, sino a Gideon James. El chico del pueblo que se había convertido en un dios de pelo oscuro vestido con traje. Era el director general del hotel-casino en el que nos alojábamos. No había absolutamente ninguna razón para que nuestros caminos se cruzaran, pero eso no impedía que todas nos asomáramos por las esquinas para echarle un vistazo.

Tras anunciarse la venta de las tierras de su familia, Gideon había ido al pueblo para enfrentarse a mis hermanos, que eran quienes las habían comprado. Era la comidilla de la vecindad, y las chicas habían insistido en que su casino fuera el destino de nuestro viaje, y yo no había puesto objeción alguna. Yo era la única del grupo que lo había visto en persona. Había oído lo grave que era su voz. Lo había visto salir furioso de la destilería de mi familia. No hacía falta buscarlo. Su imagen estaba grabada a fuego en mi memoria.

—Quizá lo veamos —respondí—. Si trabaja hasta tarde. ¿Los directores generales trabajan en el propio local? ¿Viven aquí?

—¿Te lo imaginas?! —exclamó ella con entusiasmo—. Una vivienda como uno de esos sitios que se ven en la tele, donde el ascensor da directamente al apartamento.

—¿Eso no es un ático?

Arrugó la nariz.

—Vivo con el sueldo de profesora. No sé nada de áticos.

—Podríamos preguntárselo si lo vemos.

Ella soltó una risita.

—No me puedo creer que no te acuerdes de él.

Ah, sí que me acordaba de él y de esos hombros anchos.

—Es un poco mayor que Tate, y Tate es siete años mayor que yo.

—Me encantan los hombres mayores. —Pulsó un botón de la máquina tragaperras. Yo había dejado de jugar hacía varios minutos, cuando había empezado a soñar despierta con irme a la habitación—. ¿De verdad se parece a las fotos? Gideon James...

—pronunció su nombre con voz seductora.

Ningún retrato podía hacerle justicia a ese hombre.

Un escalofrío me recorrió la espalda al recordar cómo había atravesado con paso firme el aparcamiento hasta su coche. Su traje negro parecía cosido a su cuerpo, y su cabello oscuro ni se atrevía a moverse con el viento. Y cuando había girado la cabeza yo había alcanzado a vislumbrar unos ojos tormentosos. No había podido distinguir el color desde el otro lado de la destilería. Eran azules, o verdes... O del color que podía hacer que se me cayeran las bragas al suelo y ya.

Al parecer, me gustaban los hombres taciturnos, aunque a ese hombre taciturno no iba a gustarle yo, una Bailey. Había discutido con mis hermanos sobre la compra de las tierras de su familia y, aunque mi apellido era Kerrigan porque mis hermanas y yo habíamos sido adoptadas, seguía siendo una Bailey.

—¡Bingo! —gritó Kaitlyn, la secretaria del colegio, desde el otro lado de Brittany.

Destiny, la profesora de Educación Física, se echó a reír y se asomó desde la fila de máquinas tragaperras.

—No te lo gastes todo de una sola vez.

Kaitlyn sonrió.

—Cincuenta dólares son cincuenta dólares. La próxima ronda la pago yo.

Brittany se levantó del mullido taburete acoplado a la máquina tragaperras.

—¿Vamos al club?

—Por supuesto. —Kaitlyn sacó su tarjeta del casino de la máquina y la sacudió en el aire—. Si no nos dejan entrar, puedo sobornarlos.

Todas la seguimos entre risas. Se tambaleaba con sus tacones de cuatro pulgadas, pero su falta de equilibrio probablemente se debía a las copas y no a los zapatos en sí. Las chicas estaban todas un poco achispadas por el flujo constante de cócteles. Yo era la más sobria de todas, pero no porque fuera la mayor del grupo, sino porque había aprendido a degustar *bourbon* cuando tenía quince años. Esa fue la primera vez que mi padre se enteró de que había bebido. Con tres hermanos mayores, una hermana mayor y numerosos niños en acogida a los que mis padres habían tenido bajo su techo durante un tiempo, ya había estado expuesta al alcohol mucho antes de mi primera degustación «oficial».

Destiny se bajó un poco la falda corta. Yo tenía unos pantalones cortos de voleibol con el dobladillo más largo que el de ella, pero si tuviera sus piernas, me habría comprado diez faldas como esa. Las demás iban vestidas por el estilo: faldas cortas, camisetas escotadas y maquillaje de salir de caza. Todo lo contrario a cómo se vestían en el trabajo.

Yo llevaba botines de tacón grueso y unos *leggings* color óxido. El vestido cruzado color crema también era todo lo contrario a lo que me habría puesto para dar clase, pero solo porque no habría querido mancharlo de acuarela. Podía achacar mi estilo a ser una profesora de treinta y pocos años, pero la verdad era que mi estilo había sido el mismo cuando tenía su edad.

Brittany soltó un gritito.

—La cola no es tan larga. ¡Esta es nuestra noche!

Estaban muy emocionadas por ir a Glitter & Gold, una discoteca ultralujosa en la que una persona normal aún podía entrar.

Eché un vistazo al exterior con recelo. Negro con elegantes líneas plateadas, encajaba en la temática «Silver», pero también destacaba. Los postes de las colas eran dorados, al igual que los chalecos de los porteros.

Nos pusimos a la cola.

—Al menos estamos a cubierto —murmuré.

Destiny me dio un codazo. Cuando se echó hacia mí, casi me encontré con su escote en plena cara. Desde luego, no era su ropa de trabajo.

—Pareces la loca de los gatos.

—Solo tengo un gato.

Me guiñó un ojo.

—Seguro que Mark te dejaría tener más.

Me quedé boquiabierta. Mark Knutson era mi jefe.

—Solo he salido tres veces con él. —Y la primera no debería contar. Los dos habíamos ido por casualidad a Mountain Perks un sábado para tomarnos nuestra dosis de cafeína. Para la segunda cita, me había invitado diciendo: «Si salieras conmigo, Fátima tendría que encargarse de tus evaluaciones». Fátima era la subdirectora del colegio.

Yo había dicho que sí. El reloj biológico solo se podía ignorar

hasta cierto punto, pero al salir con mi jefe estaba dando pie a especulaciones tanto dentro como fuera del trabajo. También era halagador que él estuviera dispuesto a arriesgarse a manchar su flamante reputación para salir conmigo. Pero, bueno, en Bourbon Canyon el círculo de posibles parejas era reducido, y yo lo sabía de sobra.

Brittany se dio la vuelta de un salto.

—He oído que quiere que conozcas a sus padres.

Me había pedido que conociera a sus padres. En Spokane. Lo que significaba pasar la noche allí.

—Se está precipitando un poco.

Me gustaba el sexo tanto como a cualquier otra chica, pero un viaje en el que debíamos pasar la noche fuera era algo excesivo para alguien con quien no creía que estuviera saliendo en serio.

Aun así, una chica tiene sus necesidades, lo que no sabía era si Mark podía satisfacerlas.

Aunque el círculo en el que podía conseguir una cita era reducido.

Yo era la hermana que nunca había salido de Bourbon Canyon salvo para ir a la universidad. Parecía que iba a ser la última en sentar cabeza. Junie tenía una sucesión interminable de novios, pero, a juzgar por las cifras, sus posibilidades eran mejores que las mías. Y eso en Las Vegas era tener un peso sobre mis hombros.

—Siempre y cuando se lo tome con calma cuando llegue el momento —susurró Brittany.

Avanzamos a hurtadillas. Las demás charlaban animadamente sobre lo emocionadas que estaban, lanzándose preguntas unas a otras. «¿Cómo es el baile? ¿Y las bebidas? ¿Y los hombres? ¿Y las mujeres?».

Cuando llegamos a la entrada, el portero, con su chaqueta deportiva negra, chaleco dorado y pantalones negros, asintió a Brittany mientras recorría con la mirada sus piernas interminables.

—Bienvenidas a Glitter & Gold, chicas. —Brittany dio un saltito de alegría y entró corriendo. Kaitlyn y Destiny la siguieron, bajo la mirada lasciva del portero, que me hizo un gesto con la mano—. Espere aquí, señora —dijo, y luego se giró hacia un lado, llevándose la mano al auricular.

¿Señora?

¿Era una de esas «señoras»?

Murmuró algo y me pregunté si su auricular era de verdad o era solo para aparentar. No había viajado mucho, pero tampoco era tonta. Ese sitio quería parecer exclusivo. Las chicas que entraban querían sentirse especiales. Superiores. Auténticos tesoros.

Y yo iba vestida como una ganga.

¿Cómo iba a entrar? No era la sexy hermana Kerrigan. Más me valía haberme puesto mi jersey con la leyenda «LO SIENTO, ESTA NOCHE TENGO PLANES CON MI GATO».

—Disculpe. —El portero me hizo retroceder y amplió la distancia entre nosotros, como si mi sencillez fuera contagiosa. Un segundo portero les hizo un gesto cortés a mis amigas para que se apartaran a un lado. Una rubia alta con tacones que habría jurado que eran el doble de altos que los de Kaitlyn se abrió paso entre nosotras como si fuéramos el mar y el portero nos hubiera separado para dejarla pasar. Desapareció por la oscura entrada.

Bueno, pues nada. No le vi la cara, pero su largo y brillante pelo rubio le acariciaba la espalda desnuda. Su vestido rojo vaporoso era más corto que el de Destiny. Era un rubí pulido en comparación con nosotras, que éramos como piedras de río.

Cuando pasó, mis amigas se dirigieron hacia la entrada tras ella. Pasé la mirada de ellas a los chicos que se habían movido para bloquearme de nuevo.

—Ahora mismo estamos completos —dijo el primer portero, sin mirarme.

—Ah. Vale. —La vergüenza me inundó las mejillas. Eso de no haber viajado mucho, pero tampoco ser ingenua, podía ser una maldición. Sabía por qué no me dejaban entrar.

No era «follable».

Se me hizo un nudo en la garganta y la agradable embriaguez de los dos cócteles que me había tomado en las tres últimas horas se esfumó.

Brittany se detuvo en el umbral, cerca de la inauguración oficial de la discoteca. Tenía los ojos muy abiertos.

—¿Autumn?

El resto de mis amigas se volvieron para mirarme, con la emoción desvaneciéndose de sus rostros.

—¿Por qué no puede venir con nosotras? —preguntó Brittany con voz cortante.

Quizá una de sus alumnas se habría echado a llorar, pero el portero ni se inmutó.

—Estamos completos.

—¿Quieres que me quede contigo? —se ofreció Brittany.

Intentó disimular el anhelo que se le reflejaba en los ojos, pero yo lo capté.

—Podéis ir —dije apresuradamente, odiando ser el centro de atención.

—No —dijeron todas y se dirigieron hacia mí.

Di un paso atrás, levantando las manos.

—No pasa nada. Están llenos. Esperaré.

Dudaron. Querían estar juntas hasta el final, pero también querían entrar en la discoteca del casino de moda dirigida por un hombre muy atractivo. No habían hablado de otra cosa durante todo el vuelo.

Kaitlyn frunció el ceño, retorciéndose las manos.

—No podemos.

—Id. —Las despedí con un gesto—. De verdad. Estaré bien. Quizá incluso vuelva a mi habitación. Estoy muy cansada. —Era la verdad, pero también lo era que la humillación se soportaba mejor en privado.

Destiny negó con la cabeza, y la luz se reflejó en su brillante cabello negro.

—Autumn...

—Última oportunidad —les espetó el primer portero a mis amigas.

—Id —insistí—. De verdad, no pasa nada. Estaré dentro en unos minutos.

—¿Estás segura? —preguntó Kaitlyn, haciendo un puchero con su brillante labio inferior.

El segundo portero las acompañó hacia las sombras teñidas de plata. Les hice un gesto con la mano y esbocé una gran sonrisa forzada.

—Divertíos. —Las vi alejarse corriendo, con las lágrimas picándome en los ojos. Dirigí la mirada hacia el primer portero—. No voy a poder entrar, ¿verdad?

Hay que reconocer que su expresión denotaba un ligero arrepentimiento; se encogió de hombros. El portero que tenía al lado les hizo señas a otras tres chicas para que pasaran. Cada una de ellas llevaba un pañuelo y poco más.

Claro. Me pasé un mechón de pelo por detrás de la oreja. Por una vez, me lo había dejado suelto. Puede que tuviera un estilo un poco maduro, pero mi pelo rojo desprendía juventud y vivacidad. Era la única parte de mí que era salvaje. La mayor parte del tiempo, no me importaba.

Quizá hacía unos minutos hubiera deseado estar tumbada en la cama viendo una película, pero me molestaba saber que iba a tener que hacerlo porque no era lo bastante sexy para una discoteca de Las Vegas.

Me salí de la cola, pero no quería regresar a mi habitación. Había un banco junto a la pared. Podía esperar unos minutos. Quizá la discoteca fuera tan aburrida que mis amigas iban a salir de ahí e íbamos a irnos a hacer algo divertido, algo que pudiéramos disfrutar todas.

Solo iba a esperar unos minutos.

GIDEON

Por el amor de Dios, joder, ella seguía allí.

Miré con ira la pantalla de mi escritorio. Podía desplazarme por cualquier parte del Silver siempre que quisiera. Podía retroceder tres meses, o verlo en directo como si fuera mi propio programa en *streaming*. Rara vez lo necesitaba. Pero cuando el sistema de reservas había enviado una alerta a mi oficina hacía semanas, me había asegurado de estar preparado.

Esa puta familia...

Había metido a los malditos Bailey en el sistema. Si usaban una tarjeta de crédito o intentaban reservar una habitación, tenía pensado impedirlo. Por capricho, también había añadido a las hermanas Kerrigan. ¿Estaban los Bailey intentando sacar trapos sucios sobre mí?

No tenía secretos. Había trabajado la hostia de duro para con-

seguir ese despacho en esquina y para tener a todo el personal del casino a mis órdenes.

Como había dicho mi abuelo: «A un hombre lo definen sus posesiones».

Yo no era el dueño del local, pero lo dirigía. Lo controlaba. Me había hecho rico gracias a él. Lo bastante rico como para comprar cualquier cosa que quisiera... solo para descubrir que mi padre se había asegurado de que no tuviera voz ni voto sobre la única propiedad que me importaba.

Maldito fuera.

«Tienes que hacer que esto sea tuyo. Un hombre no es nada sin su legado». Las palabras de mi abuelo no habían dejado de dar vueltas en mi cabeza desde que mi padre me había llamado para decirme que lo iba a vender.

Apreté los puños mientras observaba a la mujer que aparecía en el borde de mi pantalla. La imagen estaba un poco granulada. Tenía una pierna cruzada sobre la otra y miraba su móvil.

No la habían dejado entrar en Glitter.

¿En qué estaba pensando? ¿No se daba cuenta de que estaba fuera de su liga? La chica no dejaba ver más de un pedazo diminuto de piel por el escote. Su cuello desnudo no bastaba para que la dejaran entrar en el club.

El gerente de Glitter era implacable con sus estándares y yo había tenido más de una discusión con la junta directiva sobre ese imbécil, pero los resultados económicos de Glitter hablaban más alto que yo.

Me fijé en la pantalla. No conocía personalmente a Autumn Kerrigan. Sabía que daba clases de tercer curso en la única escuela primaria de Bourbon Canyon. Sabía que ella y sus hermanas habían sido adoptadas tras la muerte de sus padres en un terrible accidente. Y sabía que se alojaba en la habitación 1405, diez plantas por debajo de mi propia *suite*.

Debía de saber que no iba a poder entrar.

¿Sus amigas la habían dejado plantada?

Una punzada de consternación me atravesó el cuerpo. No me caía bien, pero que la dejaran plantada me tocaba la fibra sensible. ¿Quién necesitaba enemigos cuando tenía amigas así?

Autumn estaba absorta en su móvil, encorvada sobre el dispositivo como si intentara desaparecer en un casino lleno de cámaras que captaban cada ángulo.

Yo había visto todos esos ángulos.

Desde que se había registrado, había visto cómo movía el pie mientras esperaba a que pasara su tarjeta. Cómo se había reído echando la cabeza hacia atrás, con ese pelo ondulado deslizándose por la espalda. Cómo había sujetado la puerta para que sus amigas entraran primero en los baños públicos, como si fuera un puñetero caballero. Les había mostrado más consideración al ir al baño que la que ellas habían tenido con ella media hora antes.

Mi móvil vibró y no me molesté en mirarlo.

Taya estaba en la discoteca y quería que me encontrara con ella. Teníamos nuestra propia mesa privada. Como cerebro detrás de las finanzas del casino, iba a querer hablar de trabajo. Y después iba a querer más. Hacía tiempo que no cedía.

Una parte de mí estaba... inquieta. Taya y yo trabajábamos juntos y, de vez en cuando, nos acostábamos. Quedaba bien a mi lado y a ella le gustaba cómo mi nombre le abría puertas.

Le eché un vistazo a la pantalla. Tenía toda la pose de «Estoy esperando».

A ella no le gustaba esperar.

Le había dicho que podríamos hablar de los planes para reestructurar el aparcamiento y renovar varias habitaciones para convertirlas en *suites* de lujo. A la gente rica no le gustaba aparcar junto a la plebe.

Cerré la ventana del sistema de vigilancia y salí de mi despacho. En el ascensor, me re Coloqué la chaqueta del traje y me abroché un botón.

Cuando llegué a la segunda planta, salí. La discoteca estaba a pie de calle, pero odiaba atravesar el casino. El aluvión de sonidos solo servía para ponerme de mal humor antes de una discusión financiera con Taya que, sin duda, iba a ser irritante. Había otro grupo de ascensores más cerca de la discoteca.

La mitad de las veces follábamos porque teníamos que liberar la tensión de haber discutido sobre finanzas. Los inversores me contaban lo que querían, y dependía de ella y de mí cumplir sus deseos.

Estiré los hombros. Debía reservar un masaje y que me quitaran esas contracturas.

Ignoré las miradas boquiabiertas de los turistas. Estaban acostumbrados a los esmóquines del personal del casino, pero yo destacaba. No sabía muy bien por qué, pero era una reacción que había aceptado con el paso de los años.

Una pareja de personas mayores entró en el ascensor delante de mí.

Ella sonrió, fijándose en mi traje.

—¡Qué elegante va! ¿Tiene planes para esta noche?

—Sí.

Enarcó las cejas como si esperara a que continuara. Su camisa hacía juego con la de su marido. Llevaba un dibujo de unos dados con un doble uno en la parte delantera. Muy al estilo de Las Vegas. Muy turístico.

Por fin asintió e intercambió con su marido una mirada del tipo «¿Quién se cree este tío?».

Contuve un suspiro. Ojalá pudiera tener un ascensor privado para ir al club, así no habría tenido que lidiar con el público. Yo dirigía el casino y no formaba parte del equipo de relaciones públicas.

Cuando el ascensor pitó, me quedé atrás para dejar que salieran primero. Estaba a punto de seguirlos cuando una mujer bajita que olía a algodón de azúcar se estrelló contra mí. La agarré por los hombros para evitar que se tambaleara y se cayera.

—Ay, mierda. Lo siento. —Su voz melodiosa me envolvió como una ola cálida.

Odiaba las máquinas tragaperras del casino —cualquier lugar donde se congregara un montón de gente, hablando, hablando y hablando—, pero a mis oídos les gustaba el sonido de su voz.

Ella parpadeó y me miró. Mi cerebro se apagó y me ahogué en su mirada esmeralda.

No, esmeralda era demasiado sencillo. De vez en cuando, la gente se sentía lo bastante cómoda como para hacer comentarios sobre mis ojos —«*Son de un verde tan claro... No se ven ojos así muy a menudo*»—, y yo nunca respondía a esos comentarios.

Pero los ojos de esta mujer eran de un jade intenso y cada iris

tenía una pequeña mancha marrón cerca de la pupila. Técnica-mente, sus ojos eran avellana, pero había que acercarse mucho para darse cuenta.

Habría preferido no saberlo. Igual que me habría gustado poder borrar su dulce aroma de mi memoria. No quería conocer ni el más mínimo detalle sobre esa mujer.

Autumn Kerrigan.

Sus ojos se abrieron de par en par y sus labios se entreabrieron, llamando mi atención.

Maldita sea. ¿No podían ser sus labios de un rosa aburrido? En cambio, eran de un rojo suave y la lengua que se asomó para humedecer esos labios rojos me recordó a lo que olía el algodón de azúcar.

¿Tendría un sabor igual de dulce?

—Lo... lo siento. —Intentó dar un paso atrás justo cuando las puertas del ascensor empezaban a cerrarse. Estaba en la abertura.

Tenía dos segundos para tomar una decisión. Dejar que se subiera al ascensor mientras yo me reunía con Taya, o... Hice que entrara y abrió los ojos como si yo fuera un lobo llevándola a ras-tras hacia mi guarida.

—No pasa nada —dije con suavidad, mientras mi mente se ponía en marcha tras haber quedado aturdido por Autumn Kerri-gan; precisamente por ella. ¿Por qué no la habían dejado entrar en la discoteca? ¿Acaso el portero no había visto su espesa melena cobriza? ¿Ni esas pecas que salpicaban su piel cremosa? Solo esos puñeteros ojos debían haberle garantizado la entrada al instante. Miró hacia sus hombros, donde aún la sujetaba. Solté las manos—. Lo siento. —Nunca pensé que iba a disculparme ante una maldita Bailey. El ascensor empezó a moverse. Ella se volvió hacia los man-dos. Estaba a punto de pulsar un botón, pero no podía permitir que se fuera a su habitación y se escondiera de mi escrutinio—. ¿Está disfrutando de su estancia? —*Mírame, haciendo de relaciones pú-blicas.*

Apretó los puños y se volvió hacia mí. Sus zapatos, aunque eran clásicos, hacían que sus piernas parecieran largas y torneadas. Y mientras ella se daba la vuelta, me había tentado un atisbo de su trasero voluptuoso.

—La estaba disfrutando, pero no he pasado el corte de «follable» en la discoteca.

Me sobresalté ante el tono ácido de su voz. No era lo que esperaba de aquella mujer suave y con curvas.

—Ah, ¿sí?

En lugar de una diatriba, lo único que obtuve fue un encogimiento de hombros.

—Da igual. Es de mal gusto.

Me enfadé. Nada en el Silver carecía de buen gusto. Me había asegurado de que nada de este edificio se pareciera al lugar polvoriento y sucio del que procedía. Glitter & Gold era la joya de la corona del edificio.

Pero también estaba de acuerdo con ella. Joder.

Pulsó el 14 en el panel del ascensor.

Me invadió una sensación de pánico. Iba a bajarse. Había insultado mi lugar de trabajo y se marchaba. Debería dejarla ir, pero...

El ascensor se puso en marcha con una sacudida. Ella se apoyó contra la pared del fondo, indiferente tanto a mi rechazo como al de Glitter.

Podía tomar una ruta diferente para llegar hasta la señorita Bailey. Toda esa maldita familia se creía intocable. Había una razón por la que ella estaba ahí, un propósito en su presencia. Tenía que haberlo. Mi mundo no se estaba tambaleando por nada.

—Tiene razón. Es de mal gusto.

Nos detuvimos en la quinta planta y me acerqué hacia su lado de la cabina del ascensor. Ella me siguió con la vista y se encogió contra la pared trasera. Le echó una ojeada a mi traje y apartó la mirada.

¿Era posible que yo le causara alguna impresión?

¿Sabía quién era yo?

Entraron dos mujeres que se reían tontamente. Estaban comparando unas brillantes alianzas de oro que llevaban en el dedo anular. La capilla Silver Linings estaba en la quinta planta. Puede que Autumn también pensara que las bodas en Las Vegas eran de mal gusto, pero nos asegurábamos de que incluso los votos impulsivos fueran sofisticados.

—Me sorprende que esté de acuerdo —murmuró ella.

Aproveché que seguía hablando para apoyarme contra la pared junto a ella. Se echó hacia atrás como si fuera a robarle el pequeño bolso color crema que llevaba colgado al estilo bandolera.

Me metí una mano en el bolsillo, sabiendo que parecía sacado de un anuncio de Zegna.

—Son negocios. Así de sencillo.

—Sí, pero no he venido a Las Vegas para que me insulten.

El ascensor se detuvo suavemente en la planta doce. *Maldita sea*. Ya casi habíamos llegado a su piso.

La pareja se bajó y volvimos a quedarnos solos. Ella se apartó otro paso de mí y a punto estuve de acercarme más. Continuamos el trayecto.

—En nombre del Silver Casino and Hotel, le pido disculpas.

—Mi sinceridad me sorprendió. Sabía que la exclusividad del club hería los sentimientos de la gente, pero nunca lo había presenciado. Debería haber luchado más contra la junta directiva. De lo contrario, ¿qué ventaja tenía estar al mando?

Pero tampoco debía molestarme. Era una Bailey.

Levantó la barbilla.

—Gracias —dijo con rigidez.

La miré fijamente. ¿Tenía las mejillas tan sonrosadas de forma natural o estaba enfadada? ¿Avergonzada? ¿Acalorada?

Nos detuvimos en la planta catorce. Las puertas se abrieron y el pánico volvió. Iba a salir y yo jamás iba a averiguar por qué su grupo había elegido al Silver ni si ella sabía quién era yo.

¿Qué más daba?

Pero sí importaba. No podía darme igual. Su familia iba a cerrar la venta en un mes y ella estaba en mi casino.

Así que, cuando dio un paso hacia la salida, dejé escapar las palabras que estaba seguro que iban a hacer que se detuviera.

—De nada, señorita Kerrigan.

2

AUTUMN

¿Sabía quién era yo?

El corazón me latía a mil por hora contra las costillas. ¿Gideon James sabía quién era yo?

Me quedé mirándolo tanto rato que las puertas del ascensor se cerraron y, una vez más, aquel espacio me pareció demasiado pequeño para albergar a alguien tan alto e imponente como él. Debería haberme bajado, pero el asombro me había dejado paralizada.

—Tú... eh... Sabe...

—Me encargo de saber qué está haciendo la familia que intenta destruir mi legado.

Mis hermanos no solían compartir conmigo muchos detalles concretos sobre la destilería y el rancho, pero había oído hablar de la compra de tierras. Todos habíamos tenido que dar nuestro visto bueno, pero no había sido más que una mera formalidad. Teller nos comunicaba los planes de nuestros hermanos y, si no poníamos objeciones, se llevaban a cabo. Si teníamos alguna objeción, lo más probable era que mis hermanos se salieran con la suya de todos modos.

Tate quería contratar a alguien para cultivar las tierras de los James. Su nombre oficial era Percival Farms. Parte de ellas solo servían para la ganadería, pero un par de parcelas eran ideales para la agricultura. Con eso, la destilería familiar, Copper Summit, podía abastecerse de sus propios cereales en lugar de estar sujeta a los caprichos del mercado y de los agricultores de Montana. Íbamos a ser al mismo tiempo los agricultores y el mercado.

Bueno, iban a serlo mis hermanos. Ellos dirigían los negocios y rara vez me pedían mi opinión.

Gideon ladeó la cabeza. Seguía con la mano en el bolsillo y continuaba apoyado contra la pared. Aquel hombre estaba para comérselo.

La forma en que se le curvaba la boca, un poco burlona, un poco sarcástica, debería haberme molestado. Pero antes de que mi padre muriera, nos había dado a cada uno de sus hijos una parte de las tierras de Bailey. A mí me había tocado la parcela más cercana a la destilería. Había un arroyo que atravesaba la finca, múltiples senderos de animales salvajes y, lo que más me gustaba, arbustos de arándanos. Montones de ellos. ¿Cómo me habría sentido si mi padre hubiera intentado venderla antes de morir?

Me habría partido el corazón.

—Creo que nadie ha pensado en lo duro que iba a ser para usted.

El ascensor se detuvo y no presté atención al número de la planta. Tres tipos se apiñaron en la cabina y una vaharada de olor a alcohol me rodeó. Me acerqué poco a poco a Gideon, cuyo aroma era cedro y cítricos.

Tensó la mandíbula.

—No creo que les importe.

—Son negocios. Así de sencillo.

Apretó los dientes y me inmovilizó con su mirada oscura. Sus ojos verde pálido se oscurecieron.

—*Touché.*

Esa pequeña sensación de triunfo fue fugaz.

—Por si sirve de algo, entiendo lo enfadado que está. Si estuviera en su lugar, yo también estaría enfadada con mis hermanos.

Nos detuvimos y los chicos se bajaron. De nuevo, cuando se cerraron las puertas, nos quedamos solos.

No nos separamos.

—¿Copper Summit no es una empresa familiar?

Sabía lo que me estaba preguntando. ¿Acaso yo no tenía voz ni voto? ¿No éramos todos nosotros el cerebro detrás de la operación? Eh... No. Pero no iba a dejar entrever lo poco que podía opinar.

—Lo es, pero Bailey Beef se encarga de las compras. Yo solo soy una de las Bailey.

—Pensaba que diría que es una Kerrigan.

—Supongo que sabes mi nombre de pila, Gideon. Puedes usarlo. No eres uno de mis alumnos.

Sus ojos se iluminaron.

—Autumn. —El ascensor se detuvo. Cuando se abrieron las puertas, el murmullo de la planta principal inundó el pequeño espacio. Los graves sordos del club se propagaban a través del suelo, recordándome mi humillación de hacía un rato, aquella que le había confesado al hombre más guapo que había visto en mi vida. Él y yo íbamos a separarnos en breve. Yo iba a irme a mi habitación y él... No lo sabía. ¿A su mansión en las colinas? ¿A entrar en el Glitter saltándose la cola porque era el jefe y el hombre más guapo que había pisado aquel local? ¿A encontrarse con su novia, que debía de ser tan guapa como él? Nada de eso era asunto mío, pero cuando estaba a punto de despedirme de él, me di cuenta de que me estaba observando—. Dime, Autumn. —Su voz era suave y me llenaba de una calidez que solo el mejor *bourbon* de Copper Summit podía provocar—. ¿Te gustaría ver las partes del casino que tienen mejor gusto?

GIDEON

Esperé por su respuesta mucho más tiempo del que lo habría hecho normalmente si hubiera invitado a salir a una mujer. Y hacía años que no lo hacía. Décadas, incluso.

Desde la universidad, probablemente.

En general, las mujeres me hacían sentir como si volviera a ser un adolescente, deseando la atención y la aprobación de quienes me rodeaban y sin conseguirlas. Durante los últimos años, salir con alguien no había merecido la pena. Por eso me acostaba con Taya cuando nos iba bien a los dos.

Mierda, Taya. Me estaba esperando.

Autumn entrecerró los ojos, pero salió del ascensor. La seguí, como una polilla atraída por la llama de su pelo.

Se hizo a un lado y se volvió hacia mí.

—No hay nada que puedas mostrarme que compense lo absolutamente inútil que me ha hecho sentir tu club. Pero gracias por la oferta. Quizá me vaya a dar una vuelta un rato.

«*Lo absolutamente inútil...*». Al oír esas palabras, una emoción similar se apoderó de mí. Sabía cómo se sentía.

Aparté ese sentimiento. La venta del terreno estaba sacando a la luz toda clase de pensamientos que hacía tiempo que no tenía. La ira era más agradable. El resentimiento era más útil.

«Pero gracias por la oferta».

No, su actitud frívola no servía. No podía permitir que regresara a Bourbon Canyon y contara la mala experiencia que había tenido.

—Un momento, por favor. —Saqué el móvil y le envié un mensaje rápido a Taya.

*Yo: No puedo quedar. Tengo que
hacer de guía a un vip. Empezamos
por el club.*

Esa era la señal para que me dejara en paz de una vez. A ella no le gustaba atender a los vip, por eso se dedicaba a los números y me dejaba a mí las charlas sociales. A mí no me gustaba esa tarea; no se me daba bien, pero para eso me pagaban: para hablar de negocios.

Me guardé el móvil en el bolsillo de la chaqueta y le tendí el brazo.

—Déjame ayudarte. —Autumn me miró con recelo. Al final, pasó su pequeña mano por mi brazo. Su calor se filtró a través de la tela y la dulzura de su aroma se intensificó. ¿Se trataba del perfume o era naturalmente dulce? La conduje hacia la entrada del club. La cola era más larga que antes. Se tensó un instante antes de aflojar la mano, y yo puse la mía sobre ella—. No pasa nada, Autumn.

Mantuve mi mano sobre la suya mientras pasaba junto al portero. No sabía cuál de los dos había rechazado a Autumn, pero les dediqué una mirada severa.

El primer portero palideció, y el segundo articuló «Joder» con los labios cuando creyó que no podía verlo.

Mi móvil vibró en el bolsillo. Probablemente era Taya, pero yo estaba con mi vip.

Autumn se quedó rígida mientras pasábamos junto a la multitud que esperaba para entrar.

Alguien murmuró *«¿Por qué demonios la dejan entrar?»*.

Un grupo de mujeres se rio entre dientes. Los chicos que las acompañaban lucían expresiones de suficiencia. Todos parecían listos para una sesión de fotos profesional.

Eran justo la clase de público que Glitter & Gold quería atraer.

Joder.

Los latidos de mi corazón me retumbaban en los oídos. Autumn tenía razón. Aquello era de mal gusto. Tendría que encontrar una forma de lidiar con eso. La exclusividad y el lujo no tenían por qué ser insultantes.

Llevé a Autumn hacia la pared oscura.

—Dame un momento. —Ella echó un vistazo a su alrededor como una conejita enjaulada. Si alguien le hubiera dado un susto, habría salido corriendo. Esa no era la misma mujer que me había dicho lo que pensaba en el ascensor. Me acerqué al portero—. ¿Ha visto a ese grupo que ha insultado a mi invitada? —pregunté con un tono lo bastante bajo como para que solo él me oyera.

Asintió.

—Sí, señor —respondió sin apenas mover los labios.

—Tienen que irse.

—Por supuesto, señor. —Carraspeó. Debía de estar nervioso. Parecía tan tenso como Autumn.

—Si mi invitada recibe otro insulto más, su trabajo estará en peligro. —Ladeé la cabeza para que el otro portero supiera que también le estaba hablando a él—. Y el suyo. —Bajó la barbilla—. Dirigimos un club nocturno con clase. No me importa lo que diga el jefe; la clase no tiene nada que ver con la cantidad de piel que se muestra. —El gerente de Glitter iba a pasar por encima de mí para llegar a la junta directiva en cuanto se enterara de lo que había hecho. Pero me daba igual. Iba a estar preparado—. Si alguien no es respetuoso, se va. ¿Entendido?

Los dos hombres asintieron.

Me volví para mirar el mensaje que me había llegado al móvil.

Taya: Uf. Me voy. ¿Nos vemos por la mañana?

Gideon: Claro.

El alivio de no tener que lidiar con las preguntas de Taya sobre por qué Autumn era una invitada vip calmó un poco la ira que me habían provocado el comportamiento de los porteros y el gentío. Ella iba a usar la salida de empleados, así que no tenía que preocuparme por contarle quién era mi invitada.

No podía explicarle por qué me mostraba tan a la defensiva con la recién llegada. La empresa de su familia, un negocio en el que ella tenía participación, estaba intentando hacerse con Percival Farms. Pero no podía dejar de pensar que ella podía serme útil. Solo necesitaba pasar más tiempo con ella para saber cómo.

Autumn se abrazaba a sí misma como si intentara encogerse contra la pared, pero la cascada pelirroja de su cabello no iba a permitirle pasar desapercibida, y tampoco esas curvas.

¿Cómo lo habían pasado por alto los porteros?

Le tendí el brazo una vez más.

—¿Vamos?

Era hora de responder a la pregunta que me rondaba la cabeza. El destino se había portado como una zorra sarcástica conmigo hasta ese momento, pero quizá acababa de dejarme un regalo en las manos. Solo tenía que abrir el corazón de Autumn y averiguar cuál era su papel en la salvación de mis tierras.

3

AUTUMN

Una sensación de vértigo me invadió cuando lo cogí del brazo. Era firme y cálido, mientras que su expresión parecía tallada en mármol. Pensaba que iba a ser tan frío como la piedra, pero el tipo era un horno.

¿Qué les había dicho a esos porteros?

Parecían a punto de caer muertos cuando se había acercado. ¿Gideon era tan poderoso?

Si ejercía tanta autoridad, no era de extrañar que tuviera problemas con la venta del terreno. No podía limitarse a decirles que pararan, y ellos no iban a hacerlo solo porque él lo dijera.

Tragué saliva para contener una oleada de náuseas.

Probablemente debería haber comido más, pero habíamos planeado tomar unos aperitivos después de bailar y beber un rato. Como era la mayor del grupo y la que más experiencia tenía con el alcohol, debería haber señalado que primero había que comer.

La música sonaba cada vez más fuerte a medida que entrábamos. El local era sin duda más bonito que cualquier discoteca en la que hubiera estado antes, que eran muy pocas.

Los espejos y el cristal de las paredes y las columnas reflejaban una luz suave. Había muchísimo negro. Los únicos toques de color eran unos neones tenues que acompañaban a los detalles plateados. Si la riqueza tradicional se caracterizaba por sillas de respaldo alto, el papel pintado con motivos florales y un desorden de estilo victoriano, entonces Glitter & Gold representaba la nueva riqueza. Riqueza juvenil. Era el millonario del *bitcoin* que había recordado su contraseña y había retirado todo su dinero a tiempo. Era el *cryptobro*. Era el *influencer* de «Cómo hacerse millonario antes de los treinta invirtiendo».

No vi a mis amigas de inmediato, pero una parte de mí no quería buscarlas. Claro, las había animado a que entraran sin mí, pero me había quedado por allí, esperándolas, con la ilusión de que se dieran cuenta de que no había nada ahí dentro por lo que valiera la pena dejarme plantada.

Pero no había tenido tanta suerte.

Gideon no se detuvo a preguntar por ellas, y yo tampoco.

Una mujer con el pelo rapado por los lados y teñido de morado en la parte superior se detuvo junto a nosotros. Llevaba un elegante esmoquin con un chaleco dorado que se ceñía a sus curvas y sostenía una bandeja.

—¿Va a sentarse en su sitio habitual, señor James?

—Sí. Traíganos una botella de Rosé Vintage. —Se volvió hacia mí. En la penumbra del club, sus ojos eran de un verde intenso, como rayos tractores de los que no habría podido escapar aunque hubiera querido—. ¿Te apetece algo en especial?

¿No tenía que esperar en la barra y confiar en que me vieran tras menos de veinte minutos? La espera era una de las razones por las que me gustaba trabajar de camarera en el Copper Summit. Hacía que todo el mundo se sintiera valorado.

Gideon y el camarero aguardaban mi respuesta. Necesitaba comer algo, pero no quería parecer grosera y preguntarlo. Quién sabía lo que servían en Las Vegas.

—Un *bloody Mary* con apio y un montón de aceitunas, por favor. Que parezca una ensalada completa. —Solté una risita nerviosa cuando la intensa mirada de Gideon se posó sobre mí.

Los labios de la camarera esbozaron una sonrisa seductora.

—Por supuesto.

—Ah... ¿Y podría tomarlo con *bourbon* en vez de vodka? ¿Tienen Copper Summit?

Su sonrisa se desvaneció.

—Lo siento. En el Silver no servimos Copper Summit.

Miré a Gideon con una cara que decía «¿En serio?».

Se le levantó una comisura de los labios.

—Tráele Pappy, Sera.

Ella asintió y se marchó.

—Pappy... —dije con desdén, sin poder disimular mi sorpresa.

—¿No te gusta?

Me encantaba el Pappy Van Winkle. Mi padre se había dado un capricho cuando todos habíamos llegado a la edad mínima aceptable para probar el *bourbon* y había comprado una botella. El Copper Summit era un *bourbon* excelente, pero no hacía mucho que nuestras botellas habían llegado a alcanzar un precio de tres cifras.

—Es la forma en que has pedido con total naturalidad un *bourbon* de mil dólares. Para un cóctel.

La sombra de una sonrisa volvió a aparecer, pero su mirada se intensificó.

—Te equivocas. Sera sabe que el Pappy al que me refiero es una botella de reserva familiar de veinticuatro años. Cuesta cinco mil por botella.

Me quedé sin palabras.

—¿Qué? —La emoción se apoderó de mí hasta que me subió por el pecho y una sonrisa se dibujó en mi rostro—. No sé si mi padre estaría orgulloso u horrorizado de que vaya a tomarme un Pappy en un cóctel como si fuera un licor de baja calidad... Ah, espera... ¿Cinco mil por botella? No he trabajado lo suficiente de camarera este verano como para permitirme algo así. —Podía permitirme la botella entera si quisiera, pero no me apetecía gastarme mis ahorros en licores de otra marca. Mis dos parejas de padres me habían inculcado un sentido de la responsabilidad financiera. Mis padres biológicos porque lo habían perdido todo, y mis padres adoptivos porque no podían evitarlo.

—¿Crees que lo voy a cargar en tu cuenta? —preguntó con un brillo en los ojos—. Eres mi invitada, Autumn.

—¿Por qué?

—¿Por qué no?

Había un porqué, solo que aún no lo conocía. Mi mejor suposición era que era un depredador y yo me parecía a un cervatillo asustado más que nadie en el mundo. Quizá le gustaba jugar con sus presas. Quizá estaba planeando una humillación mayor para mí que el simple rechazo por mi estilo de vestir de profesora. Quizá. Pero iba a irme de este mundo bebiendo un *bourbon* increíble.